

ESPAÑA, MECA DEL TURISMO

Por TOMÁS SIERRA



UNA corriente migratoria, como la de ciertas aves, y con sus mismos invariables ciclos de periodicidad, desplaza cada año, hacia nuestra patria, un crecido número de turistas. Oleadas de extranjeros trasponen nuestras fronteras, dispuestos a llevarse una impresión de España y de lo español en sus más típicas manifestaciones, ansiosos de engullir su atractivo y ufanarse, al fin, de haber puesto su planta en un país como el nuestro, cuya difundida notoriedad se está haciendo bien patente, al modo arbitrario con que desde aquí dentro es sólo promover la oferta, adecuándose, por supuesto, a la exigente demanda de quienes, con intención más o menos clara de visitarnos, condicionan su solicitud a la manera de como quieran vernos.



Aleccionados, pues, de un concepto de lo español que no hace desmerecer su idea, corren a inscribirse a las agencias de viajes como quienes, en un momento dado, adquirieron conciencia súbita de que entre sus posibilidades, despuntaba atrayente la de recorrer un país atávicamente realzado por una serie incalculable de detalles de la más pura y asombrosa idoneidad. Montañas de propaganda impresa, redactada jovialmente, y cuyo texto alterna con imágenes que han agotado todos los colores de la más rica paleta de artista, contribuyen vigorosamente a animar a los pocos reacios que, inclinados a viajar, sea por donde fuere, no concretaron aún sus preferencias.



Pudiérase creer con lo dicho, que el interés del turista hacia España surge en él como una necesidad, fuertemente especiada, de anticipaciones maravillosas que exigen confirmarse en absoluto con el testimonio vivido de su presencia aquí. Pero en realidad, el hecho de la aglomeración turística requiere de más sólidas y profundas explicaciones que las que pudieran atribuirse a un éxito de propaganda o al incentivo real de nuestra patria en su deformada versión típica. Es caso demasiado complejo para bucear en sus causas, porque tal como se nos queda actualmente planteado, apenas quedan motivos para dudar que se trate de un fenómeno de expresión reciente, suscitado por quién sabe qué resortes de oculta interioridad, y en el que posiblemente el pintoresquismo de nuestro país, su diversidad multicolor y sus tipos, sean lo menos explicativo del hecho de que unas cuantas multitudes, reflejando vagamente en su mayoría un hastío existencial de enigmáticas proporciones, vengan de otros países a inquirir de nosotros en qué manera podremos servirles para no defraudar el interés, no limpio en ocasiones, que anticipadamente habían puesto en nuestras cosas.



Y téngase en cuenta, por añadidura, que España es todavía, a los ojos del extranjero, un problemático arcano, cuya solución sólo es abordable por una audacia de procedimiento que no excluye, ni mucho menos, la teoría de imponerse, nada más cruzadas nuestras lindes fronterizas, de un distintivo de superioridad neta sobre los hombres y las cosas que se contemplan.

Tanto como el interés de examinarnos bañados en la salsa fuerte de nuestro tipismo, excita en muchos de ellos conocer de antemano las condiciones por las cuales medir nuestra inferioridad a su respecto, aunque ambas directrices de su fantasía convengan en un solo exponente de la persuasión que abrigan para con nosotros.



Nada más torpe de nuestra parte que adecuarnos a esa desbocada fantasía, halagándoles con una España de falseado contorno, convertida, de seguro, en el espectáculo que su avidez reclama. Nada más triste y humillante que abrumarles con una persistencia que ya se está volviendo incómoda, incluso para ellos mismos, con el muestrario de nuestro trasnochado tipismo, con la abundancia de nuestros mal sobrellevados disfraces, con todo eso, en fin, que está ya repugnando a nuestra naturaleza por el solo hecho de haberlo desencajado y sustraído de su propio natural encanto. que es necesario admirar a costa de otros muchos ejemplares desencantos de nuestra tierra.



Nada más torpe, pues, que este exuberante aderezo de nuestra España, ya que con ello no hacemos sino estimular paralelamente el concepto lastimoso de una España inferior con grandes residuos de barbarie, que en ellos, como en cualquiera, queda inmediatamente asociado a la impureza y pésimas calidades del espectáculo que intenta ofrecérseles. Y esto, precisamente cuando la realidad es muy otra, tanto que nunca como en estos instantes capitales de la recuperación, española, de la radical transformación que se está operando en todos sus órdenes vitales, están de sobra unos alardes simultaneados de cacareo propagandístico con que se formaliza la exhibición de nuestra patria, dentro y fuera de sus límites geográficos.

